



Voy a salir jalado en Castellano

Lorenzo Helguero

Ilustraciones: Juan José Kanashiro

loqueleq

Primer semestre

Mi nombre (por favor, no se burlen de mí) es Mario Darío: Mario por *Vargas Llosa* y Darío por un poeta nicaragüense que nunca he leído ni pienso leer.

Mario Darío. Fregado el nombrecito, ¿no? Según la explicación de mis padres, fue porque les gustaba mucho la literatura; de ahí la elección del nombre.



Lo que no entiendo hasta ahora es por qué a mi hermano mayor le pusieron **IAGO**. Que yo sepa, no hay ningún escritor que se llame así... Lo curioso es que **IAGO** heredó el interés por los libros, y con creces: estudia Literatura en la universidad (qué marciano 🤖) y escribe poemas (marcianazo 👽). Y la verdad es que su nombre

suenan bien, suenan bastante bien: un nombre para que la vida te sonría y sea a colores. Tuvo suerte el marciano ese, qué no hubiera dado por un nombre así. En cambio, mi nombre es ESPANTOSO, lo tengo clarísimo, pero pudo ser peor: a los ocho años, para acortar el nombre, en mi casa me empezaron a decir **MARÍO**, una mezcla de Mario y Darío MUY ORIGINAL. Por ese entonces la creatividad de mis padres no conocía límites. La humillación no pasó de dos o tres semanas, porque hice sentir mi rechazo de todas las formas posibles:

GRIITAR

no comer

**esconder los adornos
de la sala**

y cosas así. Al final salí ganando, o no perdiendo tanto en todo caso. A veces me dicen Mario, otras Darío, casi nunca Mario



Darío, jamás **MARÍO**. Con mucha personalidad, se puede soportar. Y algo de personalidad tengo.

13

Mi único consuelo es que en el colegio me dicen **Chato**, que no es un apodo para estar orgulloso, claro, pero por lo menos lo prefiero a ese FRANKENSTEIN LITERARIO que inventaron mis papás. No es que sea chato, para nada, pero un amigo de otra clase (uno de los más bajos del grupo) me puso ese apodo porque sabía que en cualquier momento se lo iban a poner a él. Me atrasó. Atrasó a



todos. No le sirvió de mucho, porque ahora le dicen **PITUFO** y se molesta cada vez que lo llaman de esa manera. A mí no me molesta que me digan **Chato**, para nada. Si fuera

bajo tal vez me molestaría, pero como no lo soy (he crecido como cinco centímetros en los últimos meses), todo está bien. Con tal de no escuchar mi nombre, todo está bien.



14



Mi hermano **IAGO** es alto, bastante alto, la verdad. Tiene veinte años, es recontramayor. Hay

mucha diferencia de edad. Nunca podrá ser mi amigo, imposible. Pero no solo por los años, eso es lo de menos, o casi.

Él me ve como un niño, supongo, y yo lo veo prácticamente como un señor.

UN SEÑOR MARCIANO QUE SE LA PASA LEYENDO LIBROS GORDÍSIMOS Y ESCRIBIENDO POEMAS QUE GUARDA EN UN FÓLDER AZUL.

Yo no escribo poemas, ni leo libros, ni nada. Me gusta ver televisión, practicar **TAEKWONDO**, jugar fútbol, montar

bicicleta, ese tipo de cosas. Me parece aburridísimo leer algo que no sea la sección de deportes de **El Comercio**. No entiendo cómo mis papás y mi hermano, sin que nadie los obligue, pierdan el tiempo con un libro, pudiendo divertirse de tantas maneras. Nunca los entenderé.



15

Yo leo libros solo cuando me obligan, nada más.

Todos los miércoles, en la clase de Castellano, leemos *Peter Pan*. La historia no está mal, es cierto (prefiero eso a escuchar al aburrido del profesor), pero el duende ese de pantis verdes tiene que ser recontragay: quién se va a vestir así, pues, no frieguen. Además, me parece un poco idiota eso de no querer crecer. Todos, absolutamente todos los chicos de mi clase (me refiero a los hombres, claro), quieren tener por lo menos dieciséis años y pelos en las axilas y en el pecho. Yo sueño con el día en que tenga que afeitarme la barba que crece y crece: la espuma, la colonia, LAS MUJERES.

El año pasado leímos en clase **Matilda**, de Roald Dahl. Los papás de la protagonista odian los libros y aman la televisión; en cambio, ella (con apenas cuatro o cinco años) se va sola a la biblioteca de su barrio y se pasa horas leyendo toda clase de libros. Es verdad que sus papás son antipatiquísimos, la tratan pésimo y no se ocupan de ella para nada, pero por lo menos en lo que respecta a los libros y la televisión estoy totalmente de acuerdo con ellos: **ver una serie o una película es cien veces más divertido que leer una novela**. Matilda, definitivamente, es una marcianaza.



Mi profesor de Castellano se llama Fernando Arosemena y le dicen Arroz con Pena, Topo Loco, **ARDILLA MUTANTE**. Tiene la cara larga, larguísima, y unos dientes de chicle Adams que se le salen aunque intente disimular su sonrisa. Es el profesor más aburrido que he tenido en mi vida. A ver, déjenme pensar...



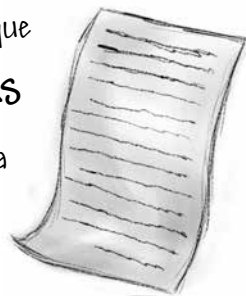
Probablemente el curso de Geografía sea el más aburrido del mundo, pero por lo menos el profesor se esfuerza algo, se apasiona cuando nos enseña algún mapa de Asia o Europa, salta hasta el infinito para mostrarnos la altura del Himalaya. En cambio, **LA ARDILLA MUTANTE** llega a la clase, se sienta en su silla y de ahí no lo para nadie. Habla y habla y habla.

bla bla bla

—Hay dos clases de oraciones —dijo desde su asiento **LA ARDILLA** ese lunes después de las vacaciones de verano—. **La primera...**

—**Y la segunda** —interrumpí yo generando la risa incontrolable de todos los alumnos.

18 ¿Adivinan qué pasó? Me botó de la clase. Me resonó durante cinco minutos seguidos. Tuve que escribir un ensayo de **500 PALABRAS** sobre la inconveniencia de interrumpir a un profesor, y pedirle disculpas no sé cuántas veces.



Sí, es verdad que me cae pésimo, y es por varias razones. La principal es muy simple: el año pasado quien enseñaba el curso era mujer, se llamaba **Carolina** y era **la miss más linda que el mundo hubiera conocido**.

De pronto me interesó saber lo que era un sustantivo, un adjetivo, un verbo compuesto. **Carolina Rossi** hablaba y el mundo se detenía: esto era una anáfora, eso otro